

LA FÍSICA DE LA MONARQUÍA

*Ciencia y política en el pensamiento
colonial de Alejandro Malaspina (1754-1810)*

Juan Pimentel

Theatrum Naturae

Colección de Historia Natural



Director: Miguel Ángel Puig-Samper

Comité científico:

Emiliano Aguirre
Rafael Huertas
Jaume Josa i Llorca
José María López Piñero
José Luis Peset Reig
Francisco Pelayo López
Javier Puerto Sarmiento
Graziela Zamudio Varela

Alberto Gomis Blanco
Raquel Álvarez Peláez
Horacio Capel
Joaquín Fernández Pérez
Andrés Galera Gómez
Armando García González
Antonio González Bueno

Comité de documentación:

M^a. Ángeles Calatayud Arinero
Dolores González Ripoll
Dolores Higuera Rodríguez
Paloma Lorente Guadalix

Manuel Lucena Giraldo
J. Luis Maldonado Polo
M^a. Dolores Parra del Río
M^a. Sol Vicente Rodillo

Editor: Pedro Miguel Sánchez Moreno

Colección en colaboración con el Departamento de Historia de la Ciencia del Centro de Estudios Históricos del CSIC.

JUAN PIMENTEL

LA FÍSICA DE LA MONARQUÍA

CIENCIA Y POLÍTICA EN EL PENSAMIENTO
COLONIAL DE ALEJANDRO MALASPINA (1754-1810)

DOCE  CALLES

© Del texto: Juan Pimentel

© De la presente edición:

EDICIONES DOCE CALLES, S.L.

Apdo. 270. 28300 ARANJUEZ (Madrid)

Tfnos: 91 892 42 01/18

Fax: 91 892 51 49

E-Mail: editor@ribernet.es

ISBN: 84-8979639-0

Depósito Legal: M-29.575-1998

Composición y Diseño: Ediciones Doce Calles, S.L.

Fotomecánica: Bocetto Gráfico, S.L.

Impresión: Closas-Orcoyen, S.L.

Encuadernación: Ramos, S.A.



Eneas. Fresco de la casa de Sirico, Pompeya

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
AGRADECIMIENTOS.....	13
INTRODUCCIÓN	15
Objetivos e hipótesis de trabajo	20
Estructura de la obra	24
Metodología	30

PRIMERA PARTE

LA FORMACIÓN DE UN CIENTÍFICO PROYECTISTA (1754-1788)

MEDITERRÁNEO (1754-1773)	39
Un castillo en la Lunigiana feudal	39
Las Luces del Mezzogiorno	44
Vieja nobleza y nuevas ciencias	57
OTROS MARES (1774-1788)	79
El oficial científico	79
Circunnavegar el mundo	100
Marinos y proyectistas	117

SEGUNDA PARTE

UN SAGGIATORE EN EL MAR DEL SUR (1789-1794)

MINERVA VIAJERA	143
La física de la Monarquía	143
La expedición enciclopédica	162

	<i>Págs.</i>
AMÉRICA MERIDIONAL	181
La nueva Mesopotamia	181
La frontera austral	197
Viejas costas	213
AMÉRICA SEPTENTRIONAL	239
Nueva Roma	239
Un estrecho legendario	261
La frontera novohispana	288
EL PACÍFICO OCCIDENTAL	315
Las Islas de Poniente	315
El Panóptico	335
Nueva Arcadia	355
EPÍLOGO	
LA MONARQUÍA PROYECTADA	367
CONCLUSIONES	
ENEAS Y LAS LEYES DEL MOVIMIENTO	389
BIBLIOGRAFÍA	
a) Fuentes manuscritas	399
b) Fuentes impresas y obras de la época	400
c) Bibliografía	404
ÍNDICE ONOMÁSTICO	421

INTRODUCCIÓN

Este trabajo pretende dar cuenta del pensamiento colonial de Alejandro Malaspina (1754-1810). Es una historia intelectual, por tanto, un análisis de los orígenes, la forma, el contenido, la trayectoria y el destino de unas ideas. Y es también una biografía del hombre que yace detrás de ellas. Biografía e historia del pensamiento, si se prefiere, biografía intelectual: éste es el escenario donde hemos procurado ubicarnos. Las palabras escogidas en el subtítulo (ciencia y política) retratan aquello que consideramos sustantivo en la composición y presentación de dicho pensamiento.

Pero como toda investigación, ésta tiene, además de un objeto, una tesis. Y ambos una historia, un proceso de elaboración, un desarrollo seguido hasta llegar a identificar el tema y formular las hipótesis que más tarde se pretenden probar. Habremos de reconocer que el objetivo primitivo no era otro que describir la dimensión *política* de una expedición que ya contaba en su haber con un buen número de monografías dedicadas a sus aspectos *científicos*. Mi primer trabajo, *Malaspina y la Ilustración*, expresa ese momento inicial de la búsqueda, con buena intención –si se me permite– pero con bastante ingenuidad. Pese a que apunté algunos de los problemas que luego me ocuparían (un intento de identificación del vocabulario básico de su pensamiento, la dimensión utópica del mismo), mentiría si dijera que el plan de trabajo se me hizo claro desde entonces.

Como suele ocurrir cuando se empieza una tesis de doctorado, al principio no acertaba a ver el objeto propio de mi estudio: ¿los móviles políticos de la empresa o el pensamiento político de su comandante? ¿Dónde podía encontrar la vinculación científica de la materia? ¿En los levantamientos hidrográficos, tal vez el máximo exponente de la dimen-

sión práctica para el dominio colonial de una tarea científica? –llegué a pensar–. Pronto vino mi segunda publicación, la edición de los *Axiomas políticos sobre la América*, el texto capital del pensamiento malaspiniano que permanecía sin localizar hasta que Manuel Lucena Giraldo lo halló sepultado en un legajo del Archivo General de la Nación en Bogotá. En su introducción procuramos reflejar y acotar el escenario histórico donde el texto se movía: la tradición proyectista, la coyuntura crítica de la economía colonial en 1787-1788 y las coordenadas diplomáticas y estratégicas de las relaciones internacionales. Ya conocía entonces las líneas maestras de la biografía del italiano, llevaba un par de años leyendo documentación y bibliografía sobre la expedición y comenzaba a manejar la literatura de historia de la ciencia e historia de América.

Fue el contacto con las fuentes, la repetida lectura de los *Axiomas* y la documentación del Museo Naval, lo que me dio una clave que a la postre sería central: la confirmación de que el texto había sido escrito en su totalidad antes de la expedición. Simultáneamente, al tiempo que intentaba descifrar el significado de este hecho, fui familiarizándome con el poderoso ascendente que la cultura científica tuvo en la época: la ciencia en el XVIII estaba en todos lados, en las cátedras y en las tertulias, en los seminarios y en los salones, en las disposiciones ministeriales y en el Real del Catorce, en el discurso de los charlatanes y en los espíritus más egregios. En efecto: el Rousseau botánico, el Montesquieu mecanicista, el Genovesi newtoniano, el Quesnay organicista, el Petty aritmético, ¿quién pudo sustrarse a la retórica, al éxito arrollador de la ciencia moderna? Leer a Galileo y a Newton y cobrar constancia de algo transcendental fue todo uno. *Axiomata sive leges motus*: los *Axiomas políticos sobre la América* no eran otra cosa que los principios matemáticos del movimiento político de la Monarquía, las leyes de esa *filosofía natural (física) del Imperio*. De ahí que, con toda propiedad, estaban escritos antes y no después de la expedición, contemplada ya a partir de entonces como una suerte de experimentación a través de la realidad fenoménica sobre la cual se arrojaba ese cuerpo doctrinal primitivo y parcialmente apriorístico.

El maridaje entre ciencia y política reposaba ahí. El mismo título del texto reflejaba con una *sencillez* y un *talante sintético*, no casualmente newtonianos, la paradoja central de la investigación. *Simplex est sigillum veri*, la sencillez es la característica de la verdad: el lema repetido por Galileo, Newton y Leibniz inspiraba la investigación malaspiniana. El hallazgo tendía a disolver esa paradoja: la antítesis entre lo científico y lo político procedía más de mi vocabulario que del de la época de las Luces, cuando la aspiración cartesiana a la unidad del saber estaba aún vigente. Era pro-

ducto más de la escisión disciplinar postrera que de la concepción y desarrollo de una expedición, no en vano, autodenominada *científica y política*. *Scire*: saber, en su sentido amplio y originario. En el XVIII y por influjo de la ciencia newtoniana del movimiento –esa disciplina galileiana de un asunto muy antiguo– ciencia es ya ese conocimiento que aspira a formular mediante un lenguaje riguroso y apropiado –en lo posible con el auxilio del lenguaje matemático– leyes por medio de las cuales se rigen los fenómenos. Hobbes ya había demostrado el poder del nuevo idioma mecanicista en el implacable mundo del *Leviathan*. Locke y Hume sentaron las bases del entendimiento y la naturaleza humana desde esta perspectiva. Más tarde Montesquieu redujo la política a los equilibrios y balances de los distintos poderes. Rousseau fundó su teoría del contrato apelando a fuerzas, resistencia y cuerpos. Adam Smith halló su propia ley de la gravitación universal del mercado, la oferta y la demanda. Condorcet, Laplace y Quetelet persiguieron la construcción de una matemática social. La economía política, la frenología y la estadística, las tres nuevas ciencias sociales a principios del siglo XIX, habían sido fecundadas por aquella semilla, por no irnos hasta Comte y Marx. El propio Newton ya había pronosticado esta suerte de colonización en una de las *queries* de su *Óptica*:

«And if Natural Philosophy in all its Parts, by pursuing this Method, shall at length be perfected, the Bounds of Moral Philosophy will also be enlarged».

Éste era pues el cariz de los *Axiomas*: un decálogo del conocimiento científico de una realidad política, otra traslación más del estilo y el método newtoniano al orden de lo humano.

Al margen de que la inmersión de ambos términos (ciencia y política, saber y poder en definitiva) era apreciable a lo largo y ancho de todas las tareas de los expedicionarios (levantar planos, recolectar especies botánicas y clasificarlas, etc.) fijamos la atención en el lugar preciso donde se operaba la síntesis: en la cabeza del italiano, en el terreno de las ideas. De ahí que sin abandonar las coordenadas «políticas» más evidentes –aquéllas que estaban ancladas en la práctica colonial y que vinculaban el esfuerzo explorador a la necesidad del gobierno de un dominio–, orientamos el sentido de este segundo término también hacia el ámbito de las ideas. No hemos despreciado en absoluto el fundamento más empírico sobre el que las ideas giran. La tozudez de los hechos nos hizo redactar muchas páginas sobre las causas de la expedición. Creemos haber demostrado cómo la empresa entera está incardinada en la práctica del gabinete de Floridablanca y el ministerio de Valdés, en la crisis de saturación de mercados que

asoló la cuenca del Pacífico y en un movimiento de fondo por el que la Armada se arrogaba de un proyecto político de ámbito colonial. Pero por encima de eso, y al amparo de la lucha efectiva por los espacios coloniales, se desarrollaba una pugna de considerables dimensiones a la que hemos tenido que dedicar especial atención: la polémica de las ideas, una extensa diatriba en el ámbito hispánico y en el internacional. Las reformas de Gálvez, la tradición proyectista, las aspiraciones criollas y el programa jesuítico, las obras de Raynal y Robertson, la réplica de Muñoz: éstas eran algunas de las claves para apreciar el valor y el sentido de lo escrito por Malaspina. Pero no las únicas.

Porque hablar de *política* suponía también remitirnos al ámbito de la teoría política. Desde Platón hasta nuestros días pocas materias habrán sufrido tantos abordajes y desde tantas perspectivas. El esfuerzo desplegado en Occidente por someterlo a definición, orden y sistema, ese intento de construir una *ciencia política*, es algo singularmente apreciable en la Ilustración, pero bastante más antiguo. Séanos permitido recordar que fue en la segunda mitad del siglo XII cuando se operó la recuperación de la Política y las dos *Repúblicas* (a Eudemio y Nicómano), el momento en que William de Moerbeke rescató el término «*politicus*», idéntico al «*civilis*» latino, para el lenguaje del pensamiento occidental. No era cuestión de extendernos sobre Juan de Salisbury, Agustín de Hipona o Santo Tomás. Sin embargo sí parecía pertinente, más que hundirse, posarse al menos sobre Dante, Maquiavelo, Mateo Palmieri, Campanella y Guicciardini, los humanistas que alzaron y asentaron la disciplina y cuyas ideas –o muchas de ellas– arrojaban dos buenas pistas para nuestro análisis. Primera, sus consideraciones sobre la república fecundaron poderosamente no sólo el pensamiento occidental sino particularmente el espacio donde éste cobró vida y se restauró, la cuenca del Mediterráneo, donde precisamente Malaspina se había formado en primera instancia. Segunda: muchas de las mejores reflexiones contenidas en *Sobre la Monarquía*, *El Príncipe*, *La Ciudad del Sol* o los *Discursos* tenían por espejo y meta el mismo objeto sobre el que la investigación de Malaspina –y la nuestra– se desplegaba, la Monarquía hispánica. Esta doble consideración hizo que sin llegar a redactar un capítulo expreso sobre el particular –suplantado por un eslabón de la cadena más próximo y pertinente, el *Iluminismo* meridional–, procuráramos no perder de vista ese ascendente clásico y renacentista del discurso político de nuestro viajero. Y fue esto, unido al hecho decisivo de que Malaspina era italiano y había permanecido allí veinte años antes de arribar a España, lo que nos obligó a realizar una estancia en el Centro *Alessandro Malaspina* a finales de 1990, donde accedimos a una información –docu-

mental y bibliográfica— muy útil a la postre. Al regresar tuvimos la sensación de estar transitando por una senda correcta, confirmada en muchas lecturas sobre otros aspectos de la época: la Ilustración iba adquiriendo su dimensión de epígono del Renacimiento, ese último acto del mismo drama donde alcanzaban su punto álgido el antropocentrismo, la idea del conocimiento enciclopédico, la pulsión clásica de sus paradigmas políticos, la tensión entre virtud y poder, comunidad e individuo, naturaleza e historia.

Así pues, teníamos ya entonces un plan más o menos definido. Era evidente que los Axiomas eran la bisagra natural del trabajo. Había un antes y un después. Para lo primero teníamos que explorar la filiación, o distintas filiaciones, de la doctrina colonial del navegante, mostrando especial atención tanto al ropaje científico bajo el que se presentaba, como a su doble ascendencia italiana (el legado clásico) e hispánica (la tradición proyectista). Dado que el trágico destino de sus ideas impedía reconocer su impacto y alcance (no fueron publicadas: el silencio, la más efectiva de las censuras), optamos ya decididamente por rastrear sus orígenes y explicarlas en su contexto más ancho posible. En este sentido y en segunda instancia, era preciso conocer de cerca el otro «hemisferio» de la investigación, lo que ocurría en las colonias mismas. Si Malaspina dedicó buena parte de su vida a reflexionar sobre el Nuevo Mundo, si sus ideas se habían desplegado y nutrido por y desde ultramar, era un asunto que urgía constatar y medir. Por ello fuimos a México, con mucho, el hervidero cultural más destacado de la Ilustración criolla, donde igualmente recorrimos archivos y bibliotecas para aprender lo máximo sobre la cultura novohispana del Setecientos y comprobar si el cuerpo doctrinal malaspiniano había sentido su influjo, y si lo hacía, responder hasta qué punto.

Finalmente ensayamos dos vías de aproximación a los escritos de la expedición (1789-1794). Empleamos la ocasión que se nos brindaba en una publicación colectiva para escoger un *item*, la investigación sobre los recursos forestales. Se trataba de obtener una perspectiva global del pensamiento malaspiniano a lo largo de todo el viaje. Arribamos de nuevo a la idea de Naturaleza, el sustrato que abrigaba tales indagaciones al margen de su desencadenante más obvio, las necesidades de la Monarquía en materia de construcción naval. Aunque la experiencia nos pareció que abría muchas posibilidades, tendía a disolver en exceso otras consideraciones importantes a la hora de explorar el pensamiento colonial. Abría más campos de los que cerraba, remitía a nuevas bibliografías que requerían otra investigación distinta. Se convertía en una historia de las ideas dema-

siado desplazada de la realidad. Me permitió –eso sí– extraer una idea global del viaje y algunos de los enunciados allí expresados me pareció pertinente trasladarlos a la tesis.

El pretexto para ensayar una segunda vía fue la memoria de licenciatura, un experimento dirigido al estudio sistemático de una de las muchas estancias de la expedición. La escala fue la penúltima, Nueva Gales del Sur. Aunque la riqueza de las distintas tareas volvía a remitirme a una diversidad de materias que aquí podían ser aprensibles, no tardé en darme cuenta de que sería imposible trasladar el análisis al resto de la expedición. Nunca llegaría a conocer el viaje y toda la América –la historia y dinámica de todas sus regiones y problemas– con la precisión con que pude estudiar una visita de treinta días y un enclave fundado en 1788. Aprendí no sólo a foguearme frente a más de doscientas páginas –un tormento y un placer sólo superados por la obligación de tener que escribir el doble– sino que accedí ya a un conocimiento muy directo de la dinámica de la expedición, esa empresa metamórfica incapaz de resistir definición unívoca, alternativamente transformada en academia científica, embajada itinerante y seminario filosófico. Y naturalmente, comprobé el sentido y los detalles de una de las memorias políticas más destacadas de Malaspina, escrita al final del recorrido. Ya tenía bien estudiado el primer y el último texto importantes para mi análisis (los *Axiomas* y el *Examen político de las colonias inglesas en el Mar Pacífico*): buena situación para medir la evolución, el peso de la experiencia del viaje sobre las hipótesis malaspinianas.

OBJETIVOS E HIPÓTESIS DE TRABAJO

Así las cosas, y como toda investigación, la nuestra se forjó poco a poco. Los objetivos e hipótesis surgieron y se matizaron en esa necesaria relación dialéctica entre el trabajo de archivo y la lectura, el método o los métodos empleados y la comprobación de las virtudes y defectos de los sucesivos ensayos. Por decirlo llanamente, leyendo, escuchando, pensando y escribiendo.

Tampoco pudieron surgir los *Axiomas* como Palas Atenea, que saltó ya armada de la cabeza de Júpiter toda presta para el combate. Tampoco habían brotado las leyes del movimiento así, verdades universales caídas del cielo, sin elaboración previa aparente, tal y como Newton se empeñó en presentarlas. Esta consideración fundó el primer objetivo de la tesis: rastrear en la formación de Malaspina los hilos que conducían a demostrar cómo y dónde obtuvo los conocimientos suficientes como para escri-

PRIMERA PARTE

LA FORMACIÓN DE UN CIENTÍFICO
PROYECTISTA (1754-1788)



Malaspina de brigadier y con la cruz de la Orden de Malta (Museo Naval)

II. OTROS MARES (1774-1788)

El oficial científico

El tercer viaje posee itinerario sinuoso. En la primavera de 1773 Alejandro abandona Roma y el Clementino. En junio, siguiendo la tradición familiar, es investido caballero de la Orden de Malta en La Valletta. Desde luego que pertenecer al ejército de San Juan de Jerusalén en plena Ilustración no es lo que era. Alejandro, para el que su padre llegó a pensar en los hábitos, tampoco será un *miles Christi* a la antigua usanza. Como otros muchos españoles, italianos, nobles y marinos del Setecientos, recibió la Cruz de Caballero de Justicia por prestigio y tradición. Y al igual que ellos, navegó por el Mediterráneo bajo bandera maltesa no ya para hacer la guerra al infiel, sino para limpiar sus viejas aguas de piratas berberiscos¹²⁰.

A bordo del navío maltés *San Zacarías* realizó su primera navegación. El «bautismo» duró un par de meses de aquel otoño del 73 y tuvo por escenario el Mediterráneo occidental: Malta, Sicilia, Egadi, Cerdeña, Liguria, San Remo, Cataluña y Baleares¹²¹. Para nosotros resulta fácil decir que semejante derrota llevaba inscrito su destino secreto hacia otros mares. Pero en verdad que un observador mediano de entonces no hubiera precisado de dos siglos para adivinar el nombre del puerto al que Alejandro acabaría por arribar: Cádiz.

Habremos de reconocer que en lo referente a la biografía del navegante jugamos con ventaja. Sabemos que en diciembre del 73 se encontraba de nuevo en Sicilia, concretamente en Messina, donde su tío Fogliani se refugió del motín que le haría abandonar el cargo de virrey; que en junio del 74 murió su padre, Carlo Morello; que acto seguido el primogénito Azzo Giacinto heredó el feudo de la Lunigiana para introducir sus primeras reformas; y que en otoño Alejandro fue embarcado en otro buque de la Orden en dirección a Cádiz, donde sentó plaza de guardiamarina de la Real Armada con fecha de 18 de noviembre de 1774¹²².

(120) La adhesión de Alejandro a la prestigiosa Orden respondía a un viejo hábito familiar. Los Malaspina llevaban doscientos años haciéndolo. Su recibimiento consta en BONAZZI, F. (1907), *Elenco dei Cavalieri del S.M. Ordine di S. Giovanni di Gerusalemme ricevuti nella veneranda lingua d'Italia dalla fondazione dell'Ordine ai nostri giorni*, Nápoles, p. 121. Ver MANFREDI, D. (1988), *Sugli studi e sulle navigazioni «minori» di Alessandro Malaspina, 1765-1785*, La Spezia, p. 151.

(121) El itinerario del periplo puede seguirse con detalle en el Archivo de la Orden de Malta, National Library of Malta, La Valletta, Ms. 1925, f. 126 y Ms. 1774, ff. 97-99v. Accedimos a los mismos en el Museo Naval de Madrid gracias a la amabilidad de Dolores Higuera y a las copias que Dario Manfredi había hecho llegar años atrás.

(122) Archivo General de la Marina Don Alvaro de Bazán, Viso del Marqués, Ciudad Real (A.G.M.), *Expediente personal de Alejandro Malaspina*.

Pero eso no es todo. Es necesario recordar otros datos que rebasan la trayectoria del marino, recordar por ejemplo que los vínculos entre la Orden de Malta y la Corona española jamás se relajaron; que fueron muchos los Maestres de procedencia hispana durante todo el siglo XVIII; que desde que Carlos V concediera la isla de Malta a la Orden de San Juan en 1530, los Grandes Maestres eran investidos por el mismo Rey de España. Éstos, a su vez, le entregaban como censo simbólico en reconocimiento de su soberanía un halcón, el famoso halcón maltés. Y no se lo daban al Monarca en persona, sino a su representante más cercano, el Virrey de Sicilia¹²³... Un monarca protege a una orden militar, a la que además concede una isla; delega en su máxima autoridad parte de su inmenso poder; la Orden corresponde ofreciéndole periódicamente un tributo simbólico. La entrega del halcón al Monarca a través del virrey de Sicilia representa un reconocimiento y una disposición: admisión de la relación vasallática a la que se subordina y voluntad de pagar el justo tributo a su señor. ¿Es acaso absurdo pensar en Malaspina en estos términos? ¿Es posible seguir viendo su ingreso en la Real Armada algo tan normal como su parentesco con Fogliani, *virrey de Sicilia*? Desde luego que sí, y sin necesidad de recurrir a otras explicaciones análogas igualmente contundentes: el considerable listado de italianos (ministros, marinos o arquitectos) que en el XVIII vinieron a España a servir al Rey, la misma procedencia napolitana de Carlos III, etc. Pero si así lo hacemos, si nos conformamos con estas razones, quizás perdamos algo que todavía subsistía en la época, ese inconfundible sabor a símbolo, ceremonia y ofrenda que todo acto, toda vida, poseía en el Antiguo Régimen. La de Alejandro Malaspina –audaz vocero de nuevos tiempos, como veremos– está preñada de esa suerte de gestos y parábolas que requieren algo más de doscientos años de positivismo para quedar definitivamente sepultados.

Su recibimiento como Caballero de Justicia coincide con el maestrazgo de Francisco Jiménez de Tejada (1773-1775), período que suele ser señalado como el comienzo de la decadencia de la Orden¹²⁴. De Roma a Malta, luego a Sicilia y de allí a Cádiz; un viaje sinuoso cuyo significado carece de meandros: Alejandro es *también* uno de los últimos halcones que la Orden ofreció al Rey de España, aquel tardío tributo que el Virrey siciliano depositó ante la Corona en el lugar exacto donde debía hacerlo, en la Academia de Guardias Marinas de Cádiz¹²⁵.

(123) ALDEA, Q., MARIN, T. y VIVES, J. (dir.) (1973), *Diccionario de Historia eclesiástica de España*, Madrid, vol. III, pp. 1.811-1.830.

(124) *Ibidem*, p. 1.818.

(125) Si entendemos la incorporación de Alejandro a la Armada española como una suerte de retribución de la Orden maltesa a la Monarquía, parece justo admitir que el pago se efectuó

Así pues, recién cumplidos los veinte ingresa en la Marina española. Se le destina inmediatamente al departamento de Cartagena. Desde entonces hasta que solicite al Rey la expedición que llevará su nombre (septiembre del 88), navega por el Mediterráneo, el Atlántico, el Pacífico y el Indico, al tiempo que estudia y se forma en las instituciones y los proyectos de ese central nervio de la Corona que era su Real Armada¹²⁶. Sin duda resulta artificioso abordar navegaciones y estudios por separado, como si de dos asuntos diversos se tratara, como si a un marino ilustrado se le pudieran extirpar –pongamos por ejemplo– el aprendizaje del cálculo de la longitud en los sesudos textos y la aplicación práctica de dicho principio en alta mar. No obstante, así lo haremos. Primero veremos cómo Alejandro durante catorce años completó su formación, convirtiéndose ya en un *oficial científico*. Luego, de qué manera, a lo largo de esos mismos años, adquirió una experiencia ultramarina considerable, circunnavegando el mundo, y por tanto, entrando en contacto con esos *otros mares* que hicieron de él un verdadero *científico proyectista*.

Según ha demostrado en la última década un sector importante de la historia de la ciencia en este país, el período 1774-1788 significó para la Armada española, entre otras cosas, la consagración de un modelo profesional largamente anhelado¹²⁷. Ciertamente fueron graves las implicaciones que para el Estado, la Monarquía borbónica y la España del XIX, tuvo el proceso de institucionalización de la ciencia ilustrada a través de cuerpos militares –ingenieros y marinos¹²⁸–. Sin perder de vista este hecho ca-

de forma ventajosa para los intereses de ésta última. La Real Armada, en su doble naturaleza de catalizadora de la renovación científica peninsular y cadena de transmisión interoceánica del poder colonial, era con mucho una de las instituciones donde mejores servicios podían prestarse a la Corona. Para las aportaciones de las Ordenes militares en ámbitos ajenos al castrense, véase por ejemplo el *Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia* (1852) de Felipe Canga Argüelles, que versó precisamente sobre la contribución de las Ordenes monásticas a la civilización, las ciencias y las artes, un título que por otro lado atestigua el vínculo del liberalismo español con la Ilustración. No en vano el *Discurso* fue contestado por José Antonio Cavanilles.

(126) A.G.M. *Expediente personal de Alejandro Malaspina*. La hoja de servicios y comisiones abarca desde 1774 a 1795, fecha en la que fue promovido al empleo de brigadier. El expediente contiene numerosa documentación aneja sobre sus viajes, destinos y comisiones previos a la gran expedición.

(127) Para una visión de conjunto, SELLES, M., PESET, J. L. y LAFUENTE, A. (ed.) (1988), *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*, Madrid. Sobre la evolución del modelo profesional, los aspectos institucionales, pedagógicos y científicos de la Armada, la obra fundamental es LAFUENTE, A. y SELLES, M. (1988), *El Observatorio de Cádiz (1753-1831)*, Madrid, cuyo capítulo sexto –«El oficial científico» (pp.203-243)– ha sido imprescindible para elaborar el nuestro: la adopción del mismo título habla por sí sola. También LAFUENTE, A. (1987), «Las expediciones científicas del setecientos y la nueva relación del científico con el Estado», en *Revista de Indias*, Madrid, vol. XLVII, núm. 180, pp. 373-379, pese a su brevedad contiene una reflexión sugerente al respecto.

(128) CAPEL, H., SÁNCHEZ, J. E. y MONCADA, O. (1988), *De Palas a Minerva. La formación científica y la actividad espacial de los ingenieros militares en el siglo XVIII*, Barcelona; LAFUENTE, A. y



Jovellanos, retratado por la mirada maestra de Goya



Antonio Valdés (ca. 1788) (Museo Naval)

I D E A
DE UNA NUEVA
HISTORIA GENERAL
DE LA
AMERICA SEPTENTRIONAL.

FUNDADA

SOBRE MATERIAL COPIOSO DE FIGURAS,
Symbolos, Caradères, y Geroglificos, Cantares,
y Manuscritos de Autores Indios,
ultimamente descubiertos.

DEDICALA

AL REY N.^{RO} SEÑOR

EN SU REAL, Y SUPREMO CONSEJO
DE LAS INDIAS

EL CAVALLERO LORENZO BOTURINI BENADUCL,
Señor de la Torre, y de Hono.

CON LICENCIA

EN MADRID: En la Imprenta de Juan de Zuñiga.
Año M. D. CC. XLVI.





Machinas de Irala del exiluy

Matrice Anno 1746



Felipe Bauzá, cuyo exilio en Londres simboliza de alguna forma el triste destino de la ciencia ilustrada